

GREGORIO MARAÑÓN, Y LA CONDICIÓN HISTÓRICA DE LA PERSONA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Helio Carpintero Capell*

Se cumple este año medio siglo desde la muerte de Gregorio Marañón, y están teniendo lugar una serie de actos, exposiciones y revisión de su obra que reavivan la conciencia de la magnitud de su figura y su aportación intelectual.

No carece de sentido traer aquí a consideración algo de lo que él significó en nuestra cultura, toda vez que hay en ella una honda preocupación antropológica, fuertemente impregnada a la vez de su condición de médico y de sus múltiples y variados intereses por la cultura y la historia.

No deja de ser notable que, entre los muchos saberes que cultivó —que le abrieron, caso singular en nuestra cultura, las puertas de cinco Reales Academias—, saberes que giraban en torno a la realidad humana en sus varias dimensiones, no diese cuerpo a una obra sistemática dedicada a la antropología, aunque apenas si hizo otra cosa que pensar en el hombre, sano o enfermo, y en todo lo que forma parte de su mundo personal y social.

Precisamente cuando se le contempla desde la perspectiva de la psicología, esas varias dimensiones de lo humano adquieren en su obra particular nitidez. Los temas psicológicos le interesaron siempre mucho, según su propia confesión, y a su luz creo que cobra su figura un perfil inconfundible y creativo. Y ese perfil lo aproxima de modo inequívoco al conjunto de intereses y preocupaciones dominantes en esta Casa, que puede ahora recordarlo y estudiarlo cordialmente, para aprovechar sus muchos saberes y aportaciones intelectuales.

* Sesión del día 18 de mayo de 2010.

Me propongo, pues, ofrecer una visión de sus ideas sobre el hombre y su condición histórica, a partir de sus trabajos relacionados con la psicología, buscando obtener algunas precisiones que conserven vigencia y valor.

SU CONTEXTO HISTÓRICO

Se ha señalado reiteradamente el decidido interés “europeista” que tuvo la generación llamada “de 1914” —o generación de 1886, en la escala generacional de J. Marías, que se atiene básicamente al año central de los nacimientos. Moviada por un profundo afán de competencia y modernización, de ciencia y creatividad, sus figuras cimeras iban a lograr cancelar el retraso respecto a Europa que nuestro país había venido sufriendo desde el siglo XIX. Ortega, d’Ors, Salvador de Madariaga, Picasso, Juan Ramón Jiménez, Esteban Terradas, Julio Rey Pastor, Gonzalo Rodríguez Lafora, Augusto Pi Suñer, Manuel Azaña, Gabriel Miró, son algunos de los nombres que representan ese nuevo nivel.

Entre sus intereses figuró muy pronto y con gran intensidad la nueva psicología. La nueva ciencia de la vida mental hizo de esta un objeto de investigación experimental, y la introdujo a tal fin en el laboratorio. El creado por Wilhelm Wundt en la Universidad de Leipzig, en 1879, marcó en cierto modo el comienzo de la nueva empresa intelectual; muy pronto surgieron, a imitación suya, nuevos centros en buen número de universidades de Europa y América.

A comienzos del siglo pasado, comenzaron a surgir los movimientos pioneros de psicología aplicada. Un jalón bien notorio de la nueva corriente lo representa el test de Binet y Simon para medida de la inteligencia, aparecido en 1905, que tuvo una rápida difusión en las sociedades occidentales. La nueva psicología se mostraba ya capaz de evaluar y medir las capacidades de aprendizaje y desarrollo intelectual de los individuos, ofreciendo recursos que iban a revelarse como imprescindibles tanto en el mundo escolar como en el de la selección profesional de industrias y organizaciones.

De esta suerte, hacia 1914, momento en que aquella generación alcanzó su plena entrada en la vida social, la psicología aplicada lograba paralelamente el pleno reconocimiento social, al revelarse la eficacia de sus técnicas de intervención y terapia ante el drama social de la I Guerra Mundial. Se comprende, por ello, que surgiera en nuestro mundo un puñado de nombres atraídos por las nuevas ideas, que habrían de favorecer de diverso modo su aclimatación en nuestro país.

Por primera vez en nuestra sociedad aparece un grupo de personas que se ocupan con continuidad de los temas psicológicos. Recordemos algunas de las aportaciones con las que pronto comenzaron a enriquecernos. Gonzalo R. Lafora (n. 1886)

publicó en 1917 un importante libro sobre *Los niños mentalmente anormales*; Ortega (n. 1883), en 1915, profesó un curso en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dedicado a exponer su *Sistema de psicología*, sólo conocido póstumamente (OC, VII); el P. Manuel Barbado, OP (n. 1886), publicó en 1928 su *Introducción a la psicología experimental*, de orientación neoescolástica, e iba luego a ser la figura destacada de ese movimiento en la España de posguerra, capitaneando un intento imposible de retorno a la psicología filosófica que al fin no prosperó; un gran internista, Roberto Novoa Santos (n. 1885), se ocupó de meditar sobre *Physis y Psiquis* (1922), y el propio Marañón se interesó por cuestiones centrales de la vida afectiva, como enseguida veremos. En fin, un lugar singular corresponde aquí al filósofo y psicólogo gallego Juan Vicente Viqueira (n. 1886), al que corresponde el no pequeño mérito de haber publicado un artículo de investigación experimental en una de los importantes revistas psicológicas alemanas, en 1915, después de estudiar allí con figuras de vanguardia como Karl Stumpf, o George Elias Müller, y dejar una incipiente obra de gran interés, cortada de raíz por su temprana muerte (Carpintero, 2004).

Signo también del nuevo clima fué la fundación en 1918 de un laboratorio municipal, pronto convertido en Instituto de Orientación Profesional en Barcelona, bajo la inspiración y aliento de Emilio Mira y López. Este centro fue enseguida considerado internacionalmente como una institución de vanguardia científica y profesional. Y por esos años, en gran parte debido a la influencia de los autores mencionados, se fue multiplicando el conocimiento de obras claves de la nueva psicología, tornándose familiares a los lectores españoles los nombres de Binet, Claparède, Spranger, Adler, Freud, Piaget, Koffka, y muchos más.

En este marco hay que situar la atracción sentida por Marañón hacia los temas psicológicos, que iba a traducirse pronto en investigaciones y reflexiones llenas de interés.

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Recordemos unos sencillos datos de su biografía. Nació en Madrid en 1887, en el seno de una familia burguesa. A través de esta tuvo la fortuna de conocer y tratar desde niño a Menéndez Pelayo, Pérez Galdós y Pereda, adquiriendo una familiaridad inmediata y vivida con el mundo de la cultura. Orientó su vida hacia la medicina, y aunque estudió con Cajal, fueron Madinaveitia y Oloriz los maestros que ejercieron sobre él mayor influjo. En 1909 se licenció, y luego amplió estudios en Alemania, trabajando con Paul Ehrlich, en temas de quimioterapia y hematología. Su primer libro —*Quemoterapia moderna según Ehrlich. Tratamiento de la sífilis por el 606* (1910)— estuvo dedicado al estudio de un fármaco hecho a base de arsénico, el salvarsán, conocido como “el 606”, utilizado entonces en el tratamiento de la infección sífilítica. En 1911 se doctoró, y ganó por oposición una plaza en el Hos-

pital General de Madrid. El mismo contó en alguna ocasión que aquella experiencia de una oposición, aunque con final feliz, le convenció de que el sistema de oposiciones era perverso, capaz de envenenar cualquier actividad científica e investigadora, y renunció a volver a participar en ellas (Granjel, 1960; Laín, 1966).

Su figura fue creciendo rápidamente en el mundo cultural y social. También la significación de su liberalismo. En 1922 acompañó a Alfonso XIII en un famoso viaje a las Hurdes, con el que se aspiraba a revitalizar aquella región deprimida. Fue sancionado en la dictadura de Primo de Rivera (1926), y contribuyó a la formación de la Agrupación al servicio de la República en 1931. Al cabo, jugó un papel notable en el advenimiento de esta última, tras las elecciones de abril de aquel año.

Durante la guerra civil, se exilió, y regresó en 1943, para mantener una activa vida profesional alejado de las instancias de la España oficial. En pro del desarrollo científico, aceptó dirigir el Instituto de Investigaciones Biológicas, al tiempo que mantuvo una abierta y estrecha relación con la España peregrina. A esta etapa de madurez corresponden sus principales estudios histórico-biográficos sobre grandes figuras de la historia —El Conde Duque de Olivares, Tiberio, Antonio Pérez...—. En plena actividad moría en 1960, ahora hace medio siglo, dejando una estela de admiración y de respeto.

Eligió como especialidad propia la endocrinología, ciencia dedicada al estudio de las secreciones internas de los organismos, que iniciaba con firmeza sus primeros pasos al comienzo del siglo. En 1901, dos investigadores, Takanine y Aldrich, lograron aislar la adrenalina, producida por la médula de las cápsulas suprarrenales. Poco después, en 1905, Starling introdujo el concepto de “hormona”, y con ello se inició la exploración de lo que se llamaría el sistema neuroendocrino, o complejo integrador del sistema nervioso y del hormonal, auténtico mecanismo regulador de la actividad vital unitaria del organismo. Marañón ha escrito a este respecto: “la endocrinología nació, como rama de la medicina, con nuestra generación” (O. III: 294). En cierto modo, vino a ser su aventura a la vez científica y antropológica. El hombre, como organismo vivo, aparecía esencialmente como una unidad funcional, según la expresión de A. Pi Suñer (Pi Suñer, 1917); las hormonas representaban ahí “un sistema de correlación interorgánica” que hace posible su integración dinámica y operativa, unificando las actividades fisiológicas.

Precisamente por los mismos días la nueva psicología, abandonando su primitiva orientación reflexiva e introspectiva, iba a orientarse hacia el estudio de la conducta de los organismos —incluidos los humanos— en relación con su medio. Desde sus nuevos objetivos, esta ciencia iba a aproximarse grandemente a los temas y preocupaciones que impulsaban la investigación de los endocrinólogos. Ello facilitó su acercamiento y creciente interrelación.

Hay un conocido texto suyo, en que reconoce la fuerte atracción que sintió hacia los temas psicológicos, y que logró combinar con la que le impulsaba hacia los más permanentes de su especialidad:

“Yo me considero un neurólogo y un psiquiatra frustrado. La vida me encaminó ... hacia la Anatomía y hacia la Fisiología, contrariando una tendencia tan remota como mi conciencia a los estudios psicológicos... Pero nunca olvidé...

“La endocrinología, la novia que yo me había creado, tenía muchos puntos de contacto con la neurología y la psiquiatría. Sus problemas se rozaban constantemente. Y esto me permitió ser fiel a mi mujer legítima y a la vez flirtear a diario con la novia de la juventud” (O. II: 391-392).

En realidad, le interesaba la individualidad de la persona; de la enferma, por supuesto, pero también de la normal. Como había subrayado la fisiología organicista desde Claude Bernard, la individualidad orgánica, que mantiene la estabilidad de su medio interno, y con ello su unidad y su independencia respecto del medio, lograba su homeostasis en continua interacción con el entorno, de donde extrae energía y recursos para su propio mantenimiento. Como resumió Pi Suñer, la unidad humoral y bioquímica del organismo se abría al medio para automantenerse a través de la actividad trófica (alimentaria) y nerviosa (sensorial), la que en el caso del hombre se hacía además cerebral y finalmente “psíquica”. El sistema hormonal, endocrino, no podía ser separado del resto de los procesos adaptativos y reguladores de la vitalidad, incluidos los psíquicos. Solo a través de todos ellos se conserva vivo cada individuo, en interacción con el entorno, y gracias a ellos se mantiene la especie. Desde la endocrinología todas las líneas ascendían hasta llegar a integrarse, al cabo, en la personalidad total.

SU CONCEPCIÓN BIOLÓGICA DE BASE

Conviene recordar que en varias ocasiones se llamó a sí mismo un “naturalista” (p.ej., OC, VII: 393), y que siempre precisaba que, en cuanto tal, se interesaba por la observación y le dominaba una “voluntad de anotar e interpretar lo que ve, escucha o lee, y de cotejar lo observado con los conocimientos permanentes de la Biología” (OC, VII: 393-394). Aunque fue un médico excepcional, ocupado y preocupado por la persona enferma, su interés teórico dominante parece haber sido justamente esa comprensión de la naturaleza orgánica, y de la persona que con esa naturaleza hace su vida histórica y social (Ferrandiz, 1984).

La vida biológica, y desde luego la vida personal, mantiene una tensión permanente entre el organismo y el medio. Hubo de reconocer, por ello, que hay un “conflicto perpetuo entre el ambiente y la trayectoria individual” de cada sujeto

(OC, I: 572). Su amigo Ortega, por su parte, había enseñado convincentemente en sus *Meditaciones del Quijote* que “yo soy yo y mi circunstancia”, esto es, que forman una unidad estructural cada sujeto y su mundo. Semejante tensión representa un “juego de continua y delicadísima adaptación” entre el proyecto o impulso y su realización efectiva (Id.: 571). Precisamente el logro de tal adaptación es en buena medida resultado y efecto del sistema neuroendocrino.

Hay ahí una “energía inicial”, o “fuente primitiva”, como también la llama (GM.: 1940, 24) que es origen de la vitalidad, y que ha de hacer frente a los “obstáculos del ambiente” para automantenerse. Su dinámica se canaliza a través de los dos cauces o modos básicos casi universalmente reconocidos: el hambre —orientado a la conservación individual— y el sexo —que hace posible en las especies heterosexuales la conservación de la especie—. Marañón, como tantos otros autores de la época, desde James a Freud o McDougall, vino a apoyarse en el concepto de “instinto”. Sobre el sexo venía discutiendo magistralmente Freud, que lo había situado en el núcleo mismo de la personalidad humana; sobre el hambre, no menos magistralmente, lo había hecho entre nosotros Ramón Turró —cuya obra sobre *El origen del conocimiento. El hambre*—, había reconocido la enorme importancia del fenómeno trófico en el conjunto total de la vida psíquica.

Estamos ante una doctrina completamente tradicional. El impulso instintivo conduciría a “una serie de actos” con valor teleológico, que buscan obtener unos “fines favorables a la especie”; su raíz es heredada, y no adquirida; opera con “muy pocas variaciones”, y lo hace de modo “inconsciente”. Esta es, de hecho, la “posición heredada” que ya sintetizó con eficacia el psicólogo William James en su clásico libro de los *Principios de Psicología* (1890).

Pero hay aquí un par de notas que conviene no pasar por alto. Una es que para Marañón la conducta instintiva va ligada a la vida emocional. Las emociones van acompañando y en ocasiones guiando aquella conducta. Esto va a dar a la emoción un peso fundamental en esta doctrina. Lo veremos enseguida.

Pero, además, admite que en el hombre hay una singular interacción entre el instinto y el conocimiento. El plano instintivo no se limita a vivir y reproducirse, sino que incluso se abre al nivel superior de la existencia a través de un “tercer instinto” que llamó un “instinto de superación”. El hombre no se conforma con mantenerse y reproducirse, sino que busca gozar, dominar la tierra, crear en una palabra. Ésta es una tendencia “innata” y “universal”, pero ya no es conservadora, sino sobre todo innovadora, que llega hasta arrastrar al sujeto al propio sacrificio (GM, 1940: 24-25). Con fórmulas que revelan una clara influencia unamuniana, llega a decir de éste que es “el instinto de hacer de nuestra vida un uso excelso, de perfeccionarla... y... de intentar que nuestro vivir no se extinga en la muerte, sino que se acerque a lo perdurable...” (OC, VII: 394).

Encontramos de esta suerte en el organismo una serie de niveles que ordenan y cualifican la vitalidad. Hay uno básico bioquímico, que genera la energía y regula el funcionamiento general; hay otro trófico, que combina necesidades e impulsos derivados de éstas; hay luego el nervioso vinculado a los anteriores en su compleja estructura neuroendocrina; hay, sobre ellos, uno cerebral, al que van ligados los procesos psíquicos, hechos posibles por las estructuras superiores del cerebro. A través de estos últimos, como veremos, el organismo se abre al entorno.

El sistema de instintos enlaza y adapta el organismo a su mundo. En su funcionamiento entran por mucho las emociones, como ya dije. Marañón dirá que “cada instinto se despierta y se mantiene por su emoción correspondiente”, así que “el juego de los instintos es ... en el fondo, un juego de emoción” (GM,1940, 26-7). Se trata en todo caso de un juego en que entran desde abajo las hormonas, y el nivel bioquímico, y luego van interviniendo los planos superiores del instinto, la afectividad e incluso el intelecto. Resulta claro, según esto, que la emoción es una clave central en la dinámica vital.

Ahora bien, precisamente sobre la emoción vino a hacer Marañón ciertos hallazgos esenciales. Como enseguida veremos, ellos parecen haberle proporcionado una clave de comprensión de otros procesos superiores. Quedó la emoción convertida en guía interpretativa de la vida personal.

EL TEMA DE LA EMOCIÓN

En la psicología clásica, la emoción ha representado un núcleo central, al patentizarse en ella la condición unitaria del organismo, a la vez movilizado somáticamente y afectado psíquicamente. La emoción, en efecto, es un fenómeno a la vez psíquico, afectivo, que va unido a una conmoción orgánica y a una manifestación expresiva. Aristóteles, hablando de la cólera, ya vió que en ella debía haber tanto una noticia, deseo o *lógos* como una afección corporal, o como él dice, “una ebullición de la sangre... alrededor del corazón” (Arist. *De An.*: 403 a 430). Ni cuerpo sin idea, ni ésta sin aquel.

La visión clásica supuso que los cambios orgánicos eran consecuencia de la información recibida. En general, dijeron los filósofos clásicos, “nada hay querido que antes no sea conocido”; este es un principio que valdría también para la emoción. Sería la percepción de una determinada situación la que daría lugar, por su específica naturaleza y significación, a los subsiguientes cambios fisiológicos corporales.

La psicología de raíz evolucionista que elaboró William James (1890) a finales del siglo XIX invirtió, como es sobradamente conocido, la relación entre esos dos elementos. En su opinión, los estímulos externos desencadenarían una

serie de cambios orgánicos, a manera de respuesta refleja adaptativa de carácter heredado; luego, al llegar al cerebro la información resultante de todos esos cambios orgánicos, se produciría el proceso psíquico de la emoción. “Estamos tristes *porque* lloramos”, y no, como suele vulgarmente creerse, “lloramos porque estamos tristes”. James, por un lado, y el fisiólogo danés C. Lange, por otro, vinieron a parar a esta doctrina convencidos de que la emoción es una respuesta útil que tiene un mecanismo de carácter reflejo, al tiempo que la evolución va preservando las respuestas que son útiles para la conservación de la especie. La emoción sería un ejemplo perfecto de toda esa adaptación heredada. Tal es la llamada teoría “periférica” de la emoción.

La propuesta tuvo muchas virtudes. Una, por lo pronto, la de resultar paradójica, y por ello, movilizar a los investigadores a reexaminarla, tratando a ser posible de falsarla. Y éste es justo el modo como la ciencia positiva avanza generalmente, a base de falsaciones y continuas correcciones de las hipótesis precedentes.

El inglés Charles Sherrington, a principios de siglo (1906), creyó lograr esa deseada superación. Seccionando los nervios sensoriales aferentes de músculos y vísceras en unos perros, halló que seguían mostrando conductas emocionales; pensó que la falta de información orgánica no impedía que hubiera emoción. “La ira, el regocijo, el disgusto y cuando se provocaba, el miedo, parecían evidentes incluso después de la operación”; además, los aspectos expresivos iban acompañados y parecían guiar unas “cadenas de actos lógicamente consonantes con la emoción” (Sherrington, 1906). Se le objetó, no obstante, que tales respuestas podrían haber sido aprendidas en sus primeros tiempos de desarrollo, y que se habrían activado ahora como resultado de aquellos aprendizajes.

En este punto toma las cosas Marañón. Su interés radicaba en examinar el efecto de algunas hormonas en el organismo, y más concretamente, se preocupaba de estudiar la reacción ante la adrenalina. Esta hormona, segregada por las cápsulas suprarrenales, tiene un papel central en las reacciones emotivas. Es bien sabido que produce efectos circulatorios, aumentando el número de pulsaciones, produciendo vasoconstricción y frecuentemente también hipertensión, enlentece la respiración, produce temblores y escalofríos, y tiene un efecto metabólico notorio, que es la movilización de la reserva de hidratos de carbono en el organismo, lo que trae como consecuencia una hiperglucemia —aumento de la tasa de azúcar en sangre—. Todo ello, en conjunto, vendría a ser una respuesta de alarma, esto es, una preparación general del organismo para una respuesta efectiva ante una situación de tensión o estrés.

En sus primeros tiempos de hospital, fue realizando estudios con pacientes a los que inyectó pequeñas dosis de adrenalina —entre 3/4 y 1/2 miligramo—, y a los que luego examinaba somática y psíquicamente. Obtuvo entonces unos

resultados sorprendentes en una serie de casos, que dio a conocer en varios trabajos (Laín, 1966: vii). Particularmente notorio fue un estudio sobre “Contribución al estudio de la acción emotiva de la adrenalina”, que publicó en francés en la *Revue Française d'Endocrinologie* en 1924. Este ha sido, por cierto, uno de los trabajos españoles más citados en la psicología mundial en tiempos recientes (Marañón, 1985/1924).

Encontró, en efecto, que una serie de individuos, tras recibir la inyección, decían sentirse “como si” estuvieran emocionados, pero sin estarlo realmente. Alguno le ha dicho: “Siento como si tuviera miedo, como si fuera a llorar, como si me fuese a ocurrir una desgracia, pero estoy tranquilo” (GM, 1927: 3). Esa experiencia de emoción “*como si*” la calificó nuestro doctor como “emoción en frío”, para distinguirla de todos aquellos otros casos en que los sujetos vivían sin reserva la experiencia emotiva.

Uno de los casos más notables, que ha mencionado en varios lugares de sus escritos, es el siguiente. Lo cuenta así en un bello artículo sobre la emoción que publicó en la revista de la Residencia de Estudiantes madrileña en 1927:

“Si inyectamos subcutáneamente a un sujeto... una pequeña cantidad de adrenalina... podemos observar en él un conjunto de modificaciones viscerales que reproducen exactamente las que determina en el organismo una emoción violenta... Por ejemplo, en una mujer... exploramos su pasado emotivo y nos habla serenamente de sus hijos ausentes, de sus padres hace tiempo muertos, del marido que trabaja en otro país; es una mujer del pueblo, endurecida por la adversidad y resignada a todo... La inyectamos tres cuartos de mgr. de adrenalina y a los siete u ocho minutos su organismo es presa de las modificaciones...: está pálida, tiembla ligeramente, siente que su corazón late con violencia, que su pecho se oprime... pero está tranquila y sonríe al referir estas sensaciones. Volvemos a preguntarla de súbito por sus hijos; e instantáneamente, como si el recuerdo, poco antes inactivo, fuese ahora el golpe de gatillo sobre el arma cargada, rompe a llorar copiosamente y con la voz interrumpida por los sollozos, nombra sin cesar a los seres queridos ausentes” (GM, 1927: 3).

Frente a la emoción “fría”, aparece aquí también la saturada y efectiva. La alteración orgánica sola, que era para James la emoción, no posee la calidez inmediata ni produce la vivencia efectiva emocional. Pero cuando se combina con una cognición compatible, entonces deviene tal. La emoción, según esto, requiere la integración de la alteración somática con una idea o cognición que la determina y especifica. Como él mismo apostilla, “cada emoción se diferencia de las demás... por su contenido psicológico. La representación mental de la cólera es, en efecto, perfectamente distinta de la ternura, y la del dolor, de la alegría. Esta distinción subsiste también en el elemento expresivo pero ya no con la misma claridad...Y esta

borrosidad se acentúa cuando llegamos al tercer elemento de la emoción, al elemento vegetativo, a la vibración visceral que en sus componentes esenciales es común ...a toda clase de estados emotivos” (GM, 1927, 2). Al enfrentarnos al proceso de la emoción, nos hallamos ante un fenómeno que reúne psicofisiología, expresión y cognición. El elemento psíquico, formado por representaciones e ideas, viene según esto a ser el que lo especifica, el que le da la condición última de experiencia singular. Aquí hallamos contenido y formulado, por un investigador español de los años veinte, el núcleo de lo que hoy se llama en psicología la “teoría cognitiva de la emoción”.

En efecto, muchos años después de realizados estos estudios en el Hospital general madrileño, unos investigadores americanos, ampliamente inspirados en aquellos hallazgos, trabajaron con renovado interés acerca de los efectos de la adrenalina en relación con la emoción, confirmando el sentido de aquellos primeros hallazgos. Stanley Schachter y Jerome Singer publicaron un artículo hoy ya clásico, sobre los determinantes cognitivos, sociales y fisiológicos del estado emocional (Schachter y Singer, 1962) que renovaba y consolidaba las tesis marañonianas. El primer autor ha resumido en breves palabras el sentido de aquel trabajo:

“Singer y yo demostramos que ninguna teoría de la emoción puramente fisiológica podría posiblemente dar cuenta de todos los datos existentes. En nuestros experimentos, precisamente el mismo estado fisiológico —el estado de “arousal” simpático inducido por una inyección de adrenalina— podría ser etiquetado por el sujeto como uno de entre varios de los estados emocionales, o incluso como no siendo un estado emocional, dependiendo ello en gran medida de las manipulaciones cognitivas y situacionales. Nuestra conclusión fue que, para ser útil al hacer predicciones, una formulación de la emoción basada fisiológicamente ha de especificar el modo en que los procesos fisiológicos interaccionan con factores de estímulo cognitivos y situacionales” (Schachter, 1987).

Se trata, por tanto, de un fenómeno estructural, en el que una conmoción vegetativa, que está en buena medida condicionada hormonalmente, converge e interacciona con una información situacional. No basta con recurrir al mecanismo nervioso, bien sea el reflejo, como sería el caso de James, o bien otras estructuras nerviosas, como el tálamo cerebral en opinión de Walter B. Cannon, sino que ha de haber una cierta síntesis entre lo “puesto” por el sujeto —la alteración neuroendocrina— y lo que le es “dado” por la situación, por el entorno. Deberíamos sin duda decir que estamos ante un fenómeno “psico-histórico”, si aceptamos que esos datos situacionales corresponden a un cierto aquí y ahora que posicionan al sujeto en su mundo de experiencia. Los planos biológicos del proceso, de naturaleza genérica, cobrarían especificidad y determinación gracias a la información circunstanciada. Y así, la vivencia psíquica plena conllevaría, o incluiría, la determinación de la experiencia concreta.

LOS PROCESOS DEL INSTINTO

Antes veíamos que, en esta doctrina, el instinto, o mejor los instintos, tendrían por núcleo básico una emoción. Algo parecido lo pensó también en Estados Unidos McDougall (1871-1938), pero allí el conductismo sobrenido se lo llevó por delante sin dejar rastro. Lo que nos importa aquí es que, si ello es así, también esa condición “psico-histórica” habría de modular a los comportamientos instintivos, y con ello, su condición mecánica y rígida quedaría fuertemente reducida y limitada.

Veamos, pues, lo que, según Marañón, parece ocurrir tanto en el caso del hambre —esto es, el mecanismo instintivo de conservación individual— como en el del sexo —el factor de conservación de la especie—.

¿Qué sucede en el caso del hambre? Se trata, por lo pronto, de un complejo fenómeno que tiene una pluralidad de planos. Uno es el metabólico y bioquímico, que incluye los estados de carencia energética que sobrevienen periódicamente a los tejidos orgánicos. Es una carencia que pone en marcha un mecanismo neurohumoral trófico, determinando la aparición de impulsos activadores que movilizan una conducta instrumental de búsqueda y adquisición de alimento.

Aquí también se dan combinados los dos planos, orgánico y psíquico, que hemos hallado en la emoción. Por una parte, la carencia orgánica genera lo que llama nuestro autor un “hambre genérica”, estado que sería análogo a la activación o *arousal* genérico del estado emocional. Por otro, y como resultado de las experiencias individuales, los impulsos tróficos dirigen hacia determinadas sustancias alimenticias, cuya vinculación ha sido aprendida a través de las experiencias previas; éstas se hallan en la mayoría de los casos representadas en el cerebro mediante ideas o imágenes asociadas al impulso. Pero además, Marañón advierte que el proceso, que hasta aquí ha sido visto “de abajo arriba”, puesto que ha sido iniciado por la carencia energética, también puede ponerse en marcha en forma inversa, “de arriba abajo”, es decir, partiendo ahora de la idea o la representación psíquica. Es, nos dice, lo que ocurre en el caso del “apetito”. Mientras el “hambre indiferenciada” tendería a satisfacerse con cualquier cosa, que fuera edible, el impulso que se transforma en apetito se pone en marcha a partir de una representación concreta, que desde el nivel psíquico termina por activar los planos orgánicos más básicos. La experiencia del hambre, por lo tanto, combina lo orgánico y lo psíquico, reúne lo genérico somático con lo específico cognitivo, y éste último nivel incluye el campo amplísimo de las experiencias tróficas “históricas”, las tradiciones y formas alimentarias desarrolladas por las distintas sociedades a lo largo del tiempo y a través de las más varias culturas, que han explorado diversos modos de subvenir a la satisfacción de la carencia biológica básica.

Nuestro endocrinólogo anota, además, que también los procesos del hambre, como los de la emoción, están mediados por centros neurohumorales del dien-

céfalo, y traza incluso un sugerente paralelismo entre el fenómeno de hambre, que está relacionado con una hipercorticalidad suprarrenal, y la opuesta vivencia de la anorexia, relacionada en cambio con una hipocorticalidad, así en la enfermedad de Addison. Esto vendría a revelarnos la existencia de un cierto paralelismo entre emoción plena y hambre, y entre “emoción fría” y anorexia, si entiendo bien la sugerencia que aquí se nos hace (Marañón, 1946).

Veamos ahora lo que sucede en el ámbito del sexo. Cosa bien parecida ocurriría también con el mundo instintivo sexual —núcleo del instinto de conservación de la especie. Incluso en cierta ocasión llega a decir que, junto al hambre alimentaria, hay también en los organismos un “hambre sexual” que hace posible la continuidad de la especie.

Los animales hermafroditas resuelven esa continuidad solos, pero en todos los demás seres afectados por la diferenciación sexual, la perduración de la especie hace que cada organismo “necesite del otro”, del individuo del sexo complementario, en aquella forma de relación esencial que Freud llamara “relación de objeto”. Es un fenómeno que incluye una esencial dimensión pulsional, de base endocrina, y está mediado por determinadas secreciones hormonales en sangre, tanto para el caso del organismo masculino como para el femenino (Granjel, 1960).

También aquí el funcionamiento es complejo, y hay en él una pluralidad de planos. Hay, desde luego, el nivel bioquímico genérico, marcado por el funcionamiento de las gónadas desde que se produce la maduración del organismo. Hay luego el nivel del instinto sexual, que moviliza hacia la búsqueda de objeto y a la conjunción con él. Aquí se da una amplia gama de diferenciación. El individuo puede operar con mayor o menor discriminación respecto del objeto elegido, “desde la indiferenciación del objeto del instinto hasta su máxima diferenciación” (Marañón, 1949, 59).

Antes veíamos que las varias formas del hambre difieren ampliamente, desde una forma genérica carente de precisión hasta los apetitos totalmente específicos y concretos, que parecen dominar la vida del *gourmet*. Lo mismo ocurre aquí. Habrá un hambre sexual urgente y desdiferenciada, que podrá saciarse casi con cualquier objeto, mientras que en el otro polo habrá un impulso hiperrestringido y selecto que sólo alcanzará a saciarse con un único objeto, cuya unicidad será absoluta. Recuérdense a este respecto las exaltadas palabras de Calixto en los comienzos de *La Celestina* reconociendo la unicidad de su amada Melibea: “Melibea soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo”; se trataría de un caso máximo de diferenciación objetual. Y, a la inversa, según Marañón, estaríamos en el caso de “don Juan”, donde nos las habríamos con una historia de máxima indiferenciación. Es bien sabido que esta figura atrajo poderosamente su atención, y que le inspiró una interpretación fuertemente contestada por algunos de sus compañeros de generación —Lafora, Ortega, Pérez de Ayala, entre otros.

Nuestro médico supuso que la figura de don Juan, que se va enamorando y satisfaciendo su impulso sexual a lo largo de toda la escala social, y cambiando cada cinco días de enamorada —según las cuentas que se hace don Juan Tenorio en el drama de Zorrilla—, no ha alcanzado a madurar libidinalmente de modo que alcance una efectiva diferenciación. Es el suyo “un instinto inmaduro, adolescente, detenido frente a la atracción de la mujer en la etapa genérica y no en la etapa estrictamente individual, que es la perfecta. Ama a las mujeres, pero es incapaz de amar a la mujer” (Marañón, 1946, 78).

El proceso de diferenciación no es subitáneo, requiere sin duda tiempo, y maduración personal. Precisamente nuestras sociedades, a juicio de nuestro autor, han tendido a resolver inadecuada y torpemente el modo y momento de la elección objetual. A propósito de su análisis de la personalidad de Amiel, el gran tímido que estudió con detalle y finura, escribe unas finas páginas donde lamenta “la tragedia de que esta hora de la justa elección suene casi siempre tarde, muchos años después que el ciego impulso indiferenciado haya decidido ya nuestro porvenir legal” (Marañón, 1949, 72). Piensa esto desde el horizonte histórico de su mundo social. Marañón ve que el hambre sexual genérica, dominante en el espíritu juvenil, se sacia con cualquier manjar, impulsando una solución inmadura. La presión de una ley de insolubilidad de la pareja, tenderá a volverla inmodificable. Ello impide la puesta en juego de los mecanismos moduladores que harían posible una más fina selección y unicidad de objeto, esto es, una solución más perfecta. Aquí, como en tantas cosas humanas, la prisa sería una perversa consejera y un obstáculo para el acierto.

Para él, la pubertad conlleva una indecisión sexual morfológica, junto a la que corre pareja una correlativa indecisión del instinto sexual psíquico (Marañón, 1940: 60). La diferenciación no podrá nunca ser mera maduración orgánica, sino un proceso de experimentación, de desarrollo vital, de experiencia de la vida. Se trata también, por ello, de un proceso “psico-histórico” efectivo, en el sentido que hemos explicado antes.

En efecto, la resolución del impulso sexual, cuando no es un mero movimiento biológico sino un proceso personal, está condicionada por la biografía del individuo, y aun por la índole misma de las normas sociales en relación con las cuales se plantea. La diferenciación no es un puro despliegue del yo, sino un resultado de la interacción social e histórica efectiva del yo con su circunstancia, para decirlo con términos orteguianos. Escribe nuestro autor:

“esta evolución normal [sexual] no sólo depende de los impulsos autóctonos del organismo, principalmente endocrinos, sino también de las influencias externas por lo que la importancia de la pedagogía y del simple ejemplo es decisiva en estos años” (Marañón, 1940: 60).

En otras palabras, el desarrollo del instinto sexual, que lleva en su núcleo un elemento emocional, como ya vimos, no se resuelve mediante procesos puramente orgánicos y endocrinos, sino que requiere también unos factores experienciales y situacionales —como el hambre, como la misma emoción. Estamos, de nuevo, ante la condición “psico-histórica” de los procesos psíquicos básicos.

El instinto sexual, en función de cuál sea la situación en que se activa y opera, puede conducir al sujeto bien hacia la normalidad, bien hacia la homosexualidad y, en ciertos casos, hacia la timidez u otras actitudes básicas distintas. Para ciertos sujetos, la convicción de padecer una inferioridad de órganos sexuales, en base a ciertas “informaciones míticas” y a un “criterio hiperbólico” que habrían sido ingenuamente tomados por buenos, sería bastante para producir una retracción, y una desadaptación ante las complejidades de la vida sexual (Marañón, 1940: 61). Sería un caso claro de desajuste “psico-histórico”. Y “psicohistórico” sería igualmente, en su opinión, el donjuanismo. Pues el sentido preciso del don Juan, y de su estereotipo, un sí es no es heroico y sobre todo desenfadado y libertino, sólo puede darse en aquellas sociedades cuyas normas separen con recias barreras a las doncellas del resto de la sociedad, y donde saltárselas resulte ser un acto temerario y dificultoso. Naturalmente, nada de ello tendrá ya sentido donde reine una absoluta libertad sexual y una promiscuidad socialmente aceptada. Y es que los actos humanos responden a una cierta base orgánica, pero, como repetidamente vemos, adquieren su sentido último gracias a las reglas y las interpretaciones que proporcionan el contexto, la sociedad y la historia.

Con gran finura lo expone hablando del fenómeno de don Juan: “ El problema del donjuanismo cambia al cambiar los tiempos... Cuando para conquistar mujeres era preciso alzarse en rebeldía contra las leyes sociales y religiosas, Don Juan adquiriría automáticamente categoría de héroe legendario... Pero cuando las leyes y las costumbres no se oponen a la actividad de Don Juan, éste deja de ser héroe y da la impresión de haber desaparecido...” (Marañón, 1944: 30).

Como Freud, como Jung, y tantos otros (Granjel, 1960), nuestro doctor mantuvo el básico bisexualismo de la naturaleza humana, que iría diferenciándose y concretándose en base no sólo a la anatomía y la fisiología —y desde luego a la endocrinología—, sino también a los factores de género, experiencia, educación, cultura, y a los modelos dominantes en cada sociedad (OC, I: 56).

Vemos, pues, que las formas básicas de conducta, de que resulta la adaptación del individuo y de la especie, tienen una estructura compleja en cuyo núcleo subyace una emoción, y en que se combinan una base biológica genérica e indiferenciada con un elemento cognitivo, experiencial, circunstancial, de que resulta su diferenciación y última significación. Recordemos sus palabras: “Biológicamente, está escrito nuestro destino sólo a medias, porque el destino es el producto entre

la energía inicial y los obstáculos del ambiente que no están previstos en los cromosomas paternos” (OC, I, 571). Y esta interacción entre energía y ambiente, entre biología y cultura, o entre naturaleza e historia, constituye para Marañón la clave psichistórica de la persona.

UNA REALIDAD COMPLEJA: LA PERSONA

La medicina de finales del siglo XIX fué descubriendo crecientemente la individualidad personal por debajo de la “especie morbosa”. No hay enfermedades, sino enfermos, se dirá por algunos y él mismo lo repetirá (OC, I: 80). Ante cada enfermo hay que descubrir el quién que ha enfermado y al que es preciso curar. Laín ha dicho con acierto que de la mano de Freud ha entrado la persona en el mundo de la medicina, cosa que aquí también sucede.

Esta visión psichistórica que Marañón ha ido elaborando paso a paso, al hilo de los problemas, busca precisar cómo una determinada naturaleza biológica va adquiriendo, en el juego continuo de interacciones de su organismo con el mundo en torno, una personalidad diferenciada, dotada de una mayor o menor originalidad, aunque siempre habrá de ser única.

Su esquema estructural se aproxima a la doctrina psíquica de los “estratos”, que tuvo tanta difusión en la psiquiatría y la psicología de principios del siglo XX. Recuérdese la versión que de ella ofreció Ortega en su famoso ensayo “Vitalidad, alma, espíritu”. Tres planos, tres niveles, darían cuenta de la variedad y complejidad de la vida psíquica, yendo desde los procesos más vitales a los más espirituales y conceptuales, pasando por los afectivos y emocionales, en los que radicaría la más honda personalidad de cada cual (Ortega, OC, 2004, II: 566 ss.). Hoffmann resumió con bastante claridad la doctrina (Hoffmann, 1946). Aplicada a nuestro caso, he dicho en otro lugar ya que aquí, “en un primer estrato, tendríamos la unidad biológica profunda del organismo gracias a los mecanismos de correlación y coordinación neurohormonales; en el estrato psíquico siguiente nos encontraríamos con el sistema instintivo emocional, que por su extremo superior conecta y enlaza con los motivos, sentimientos y razones de la psique racional” (Carpintero, 1988). Todo ello interactúa y produce una unidad global, una cierta totalidad que es lo que Marañón entiende por la “personalidad” (Marañón, 1967 b). Pero adviértase que ésta no es separable de su medio histórico y biográfico, porque sólo en relación con éste cobran sentido sus procesos psíquicos, que introducen ya la concreción y diferenciación empíricas en los más básicos procesos corporales, sin los cuales los superiores no tienen fundamento ni sentido.

Es esta interacción de planos en la totalidad integrada de la persona la que permite la comprensión de la realidad de esta última. Para entenderla, sea noble o

vulgar, sea enferma o sana, Marañón ha visto que es preciso recurrir a una estructura analítica que comienza en la constitución orgánica y su sistema neurohumoral, y termina en su mundo histórico, en su posición dentro de su tiempo y su época. Se ha hecho notar por algunos que en sus grandes obras “históricas” de madurez, nuestro autor trazó complejos y admirables casos contruidos bajo el modelo de la “historia médica” individual. En realidad, pienso que para él una historia médica y una biografía no podían diferir en esencia, porque la comprensión de una individualidad personal no puede hacerse sin integrar los conocimientos relativos a su organismo, su psiquismo y su circunstancia histórica y social. En su *Tiberio* llegará a decir: “vida e historia son una cosa misma” (OC. VII: 14). Pinillos ya advirtió que en nuestro autor había, realmente, una anticipación o especie de “psicohistoria *avant la lettre*”, que había ido por delante de muchos ensayos posteriores de esta forma de intelección de lo humano (Pinillos, 1988: 18).

En realidad, lo que sucede es que, sin grandes aspavientos, el gran médico incorporó plenamente a los procesos psíquicos naturales la condición histórica de lo humano, en pleno acuerdo con la tesis fundamental que su amigo y compañero de generación Ortega había convertido en centro de su filosofía. Este, recuérdese, había llegado a decir que “el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia” (Ortega, 1946, VI: 41). Marañón sin duda no podría decirlo de ese modo; para él el hombre tiene una naturaleza, o si se prefiere, una corporalidad, que sólo existe y es viable cuando, en interacción con su mundo en torno, genera un psiquismo con que abrirse a aquél, y a través del cual la sociedad y la circunstancia contribuyen a cualificar y dar concreción a las vivencias del sistema. Si por un lado el organismo ofrece recursos, al tiempo que genera demandas y necesidades al sujeto, por otro lado la circunstancia opera excitando o inhibiendo impulsos, generando éxitos o fracasos, dando sentidos diversos a los actos en función del contexto sociohistórico en que éstos se producen. Por todo ello, tanto la constitución como el psiquismo y la sociedad son factores indispensables que hacen posible la acción y permiten a su vez la comprensión de una realidad personal.

Antes que historia, e incluso antes que meras biografías, en sus libros históricos trazó bosquejos complejos de efectivos casos de un saber que merecería llamarse “conocimiento del hombre”, o si se prefiere, “conocimiento de la persona”. Ni *Tiberio*, ni *Enrique IV*, ni *Amiel*, pongamos por caso, son cuadros de historia, ni tampoco biografías al uso. Son formas minuciosas, ejemplares, de comprensión de unas personas que, con una naturaleza y un cierto psiquismo, han vivido en un tiempo dado y han generado actitudes y modos vitales resultantes de la interacción de su persona global con su mundo. La persona es histórica y social, pero va montada sobre una naturaleza, que genera una determinada vida emocional mediante la cual se pone en situación y desde la cual da sentido a la existencia. Como Laín resume con acierto, “la acción histórica, originariamente personal y libre, queda determinada en su concreta realidad por el peculiar modo de ser de su protagonista

(su *carácter*), el lugar en donde éste existió (su *patria*) y la situación en que le tocó vivir (su *tiempo*)” (Lain, 1966: xxiv).

En cierto modo, pues, construye en su obra una antropología integral, cuyas bases están en la constitución y la herencia, y cuyo determinante último —o diferencia específica, si se quiere revitalizar el término escolástico— lo pone la situación. La complejidad de la persona no la agotan ni la fisiología, ni la neurociencia, pero tampoco la psicología social o la psicohistoria, tomadas en sí y por sí, separadamente. La comprensión de la persona requiere una aproximación multidisciplinar, que analiza las dotes y recursos con que aquella cuenta, y también los deseos y proyectos que con ellos crea para adaptarse a un tiempo y un mundo concretos.

A mi juicio, Marañón fue descubriendo paulatinamente esta idea compleja de la vida personal, ampliando en giros concéntricos lo que fuera su primer descubrimiento sobre la emoción y la adrenalina, a través de las experiencias y confianzas de aquellas humildes gentes internadas en su servicio del Hospital madrileño. Allí se le reveló la esencial interdependencia de biología y sentido, o si se quiere, la particular interacción entre “cuerpo” y “alma”, entendidas ambas no como sustancias separables sino como funciones vitales en esencial interacción e interdependencia al constituir la realidad humana.

Por eso, a la vez que se interesó y aprendió mucho de patólogos como Madinaveitia, y del antropólogo físico que fuera Oloriz, también lo hizo de Cajal, de Pavlov, de los constitucionalistas como Viola y Pende, y de psicólogos y psicofisiólogos como Cannon y Freud y tantos más. Atento a la vida, y también a esa vida que es ya historia, su obra fue madurando y evolucionando, y desde los trabajos sobre la adrenalina terminó por ir a parar a sus exploraciones sobre Tiberio o el Conde Duque de Olivares, no abandonando la medicina, sino ampliándola hasta alcanzar a trazar el círculo de una hermenéutica de la vida personal desde sus raíces naturales.

Está aún por ver si esta antropología, que en buena medida hoy tenderíamos a ver prolongada en la obra antropológica de su discípulo Pedro Laín, no conserva aún potencialidades y virtualidades que la psicología, la medicina y en general las ciencias humanas, “morales y políticas”, pueden seguir aprovechando a la hora de comprender la realidad humana.

REFERENCIAS

- CANNON, W.B. (1929), *Bodily changes in pain, hunger, fear and rage*, Boston, Branford.
- CARPINTERO, H. (1988), "Marañón y la psicología", *Revista de Occidente*, 84, pp. 72-80.
- (2004), *Historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide.
- FERRANDIZ, A. (1984), *La psicología de G. Marañón*, Madrid, Universidad Complutense, 2 vols.
- GRANJEL, LUIS S. (1960), *Gregorio Marañón: su vida y su obra*, Madrid, Guadarrama.
- HOFFMANN, H.F. (1946), *Teoría de los estratos psíquicos*, Madrid, Morata.
- JAMES, W. (1890), *Principles of psychology*, Nueva York, Holt, 2 vols.
- LAIN ENTRALGO, P. (1966), "Vida, obra y persona de Gregorio Marañón", en Marañón, G., *Obras Completas*, ed. cit. I, pp. v-cxxv
- MARAÑÓN, G. (1985/1924), "Contribution à l'étude de l'action émotive de l'adrenaline", *Revue Française d'Endocrinologie*, 5, pp., 301-325 (versión española, en *Estudios psicológicos*, 1985, p. 21).
- (1929), *Los estados intersexuales en la especie humana*, Madrid, Morata.
- (1927), "Patología e higiene de la emoción", *Residencia*, II (1), pp. 1-7.
- (1940), *Nuevos problemas de la doctrina de las secreciones internas*.
- (1944), "La leyenda de Don Juan", *Cuadernos de Adán*, 2, pp. 30-45.
- (1946), "Sobre el hambre y el apetito, y su mecanismo", *Revista de Psicología General y Aplicada*, I(2), pp. 339-365.
- (1946), *Don Juan*, 4 ed., Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina.
- (1949), *Amiel. Un estudio sobre la timidez*, 3 ed., Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina.
- (1966), *Obras completas*, Madrid, Espasa Calpe, vols. I-X.
- (1967 b), "Personalidad y endocrinología", en *Obras completas*, ed. cit. III, pp. 717-731.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004), *Obras completas*, I-VIII, Madrid, Taurus.
- PI SUÑER, A. (1944/1917), *La unidad funcional*, 2 vols, México, Compañía General Editora.
- PINILLOS, J.L., (1988), "Marañón y la psichistoria", *Revista de Occidente*, 84, pp. 18-30.
- SCHACHTER, S. (1987), "This week citation classic: Schachter & Singer 1962", en Smelser, N. (comp.) *Contemporary Classics in the Social and Behavioral Sciences*, Philadelphia, ISI Press, p. 160.
- SCHACHTER, S. & SINGER, J. (1962), "Cognitive, social and physiological determinants of emotional state", *Psychological Review*, 69, pp. 379-399.
- SHERRINGTON, C.S. (1906), *The integrative action of the nervous system*, Nueva York, Yale, reim-presión de 1961.